

Gianluca Zurra-

Note di Pastorale Giovanile - Enero 2022-

Gramática y espacios de sinodalidad en la pastoral juvenil / 1

“Escucha”

Traducción: Cristian Saint Germain

“Escucha” es la primera palabra fundamental para el estilo sinodal de la Iglesia. Desde el Concilio Vaticano II en adelante se redescubrió la Palabra de un Dios que habla a los hombres y a las mujeres como a amigos¹, actuando en la historia cotidiana a través del soplo impredecible del Espíritu. Amistad y sorpresa, afecto y novedad se revelan así como el corazón mismo del Dios bíblico, que pide una gran apertura de las orejas para ser percibido entre las trampas y la curvatura del mundo².

Sin esta disposición a la escucha, sinónimo de una confianza que tiene la valentía de no querer saberlo todo de antemano, renunciando a la tentación del control, la Iglesia no podría captar lo que el Espíritu está realizando hoy, dentro y más allá de sus propias fronteras. El documento preparatorio del sínodo de los obispos lo recuerda: el camino sinodal "requiere la escucha del Espíritu Santo que, como el viento", sopla donde quiere y se oye su voz, pero no se sabe de dónde viene ni de dónde va (Jn 3, 8), permaneciendo abiertos a las sorpresas que ciertamente nos preparará en el camino"³. Por tanto, tomarse en serio la Encarnación significa abandonar el doctrinalismo, que transformaría la sinodalidad en una aplicación pura, aunque más amplia, de decisiones o conceptos considerados aguas arriba respecto de las formas concretas de la experiencia humana. En cambio, para la Iglesia se trata de llegar al reconocimiento agradecido de cómo el Espíritu habita la imprevisibilidad de la historia, sin tenerle miedo y sin defenderse: la escucha de la realidad no se convierte así en un ejercicio posterior al camino sinodal, ni puramente preparatoria, sino que es su condición misma, ya que no hay Evangelio que pueda resonar antes o al lado de las experiencias elementales de la vida común también y sobre todo para las nuevas generaciones.

Sin embargo, la palabra "escuchar" no debe ser genérica. Para darle cuerpo, nos enfrentamos a tres pasos: el sentido humano de la escucha, el propio estilo de escucha de Jesús y finalmente una Iglesia a la escucha sinodal.

El sentido humano de la escucha

Desde el primer momento del nacimiento, los oídos se estiran hacia los sonidos que provienen del mundo circundante. Escuchar, por tanto, es un acto pasivo y activo a la vez: si no hubiera alguien que nos habla y cosas que nos resuenan, no sería posible activar la escucha pero ,al mismo tiempo, si nos cerráramos a palabras y sonidos, nada más podría suceder en nosotros. Escuchar es una mezcla de humildad que deja hablar a la realidad sin querer encasillarla antes de tiempo y la valentía de reelaborar lo que escuchas.}

Los sonidos del mundo, en efecto, exigen una atención paciente, un silencio profundo, largos tiempos de comprensión; no aguantan las prisas, los “rumores”, ni la seguridad

¹ cf. Dei Verbum 2

² cf. Gaudium et Spes 1

³ cf. Sínodo de los Obispos, *Para una Iglesia sinodal: Comunión, participación, misión*, n°2.

del "esto ya lo sé". Por otro lado, es una experiencia común encontrar oxígeno cada vez que alguien realmente nos escucha, se toma un tiempo para nosotros y comparte nuestra historia. Por el contrario, la sequedad de la soledad surge cuando ya no existen canales para la escucha mutua, la comprensión y la aceptación de la propia vida por parte de los demás. Estamos como suspendidos de ese pequeño e invisible hilo de sonidos, estirado entre nuestros oídos y los tonos del mundo que resuenan a nuestro alrededor. ¡Somos nuestra escucha y podemos existir en la medida en que somos escuchados, acogidos, comprendidos!

Escuchar es un verbo que debe declinarse en imperativo, no en un sentido moralista, sino porque sin la experiencia de escuchar seríamos estériles, no podríamos ser sostenidos y despertados a la vida.

No es casualidad que el Dios bíblico se manifieste como el que habla, que nos dirige la palabra a través de innumerables e inesperados canales: gestos, acontecimientos, sueños, leyes, personas, profetas. La fe bíblica no surge de poderosos milagros, como cabría esperar del dios Faraón, sino de la sugerencia de un viento ligero sobre la montaña, como le sucede a Elías⁴, o de la promesa de vida que se abre paso en un arbusto que arde sin consumirse, como Moisés⁵, o más simplemente por el normal florecimiento de una rama de almendro que anuncia cosas nuevas ante los ojos y oídos de Jeremías⁶.

Es evidente, pues, que la escucha y la fe no sólo están conectadas, sino que se convierten en sinónimos, porque "escuchar", a diferencia de "oir", implica la valentía de despojarse de las propias certezas, la humildad de dar cabida a lo que aún no sabemos, la profundidad necesaria para captar la riqueza de sentido de los acontecimientos que suceden alrededor y dentro de nosotros. Escuchar es ponerse inmediatamente en la posición de una relación que se mantiene viva, precisamente en la medida en que no tranquiliza, sino que abre, expone, pone en riesgo, ya que despierta el deseo de caminar hacia adelante y repensar lo que hasta entonces parecía obvio.

La escucha es un éxodo, es un renacer continuo, salir del agua, una reedición creativa de lo que sucede desde el seno materno, cuando la madre -y el padre con la oreja apoyada en el vientre- percibe la vida naciente aun antes de poder ver el cuerpo, los ojos y la piel.

En la escucha de la realidad la experiencia de Dios se ve afectada, porque -nada más y nada menos- nunca como en ese momento nuestra identidad se reconoce suspendida de los demás y recibida por lo inédito en nuestros oídos.

Por tanto, una Iglesia que no escuche la vida real perdería de un solo golpe la proximidad de Dios y su misma humanidad. La escucha, repitámoslo, no es una acción posterior a la existencia eclesial, sino la condición de su razón de ser y de su misión, ya que no hay otro Dios que el que se revela y obra en la historia y no hay humanidad que no se forma desde el principio en el milagro silencioso de la escucha recíproca.

⁴ Cf 1Re 19, 12-13.

⁵ Cf Ex 3, 1-6.

⁶ Jer 1, 11-12.

La escucha de Jesús

"Tú eres mi Hijo, muy querido, en quien tengo puesta toda mi predilección"⁷. Es la voz que resuena en el Jordán cuando Jesús es bautizado. Escucharlo, por tanto, significa aprender cómo el Hijo de Dios hizo de la escucha el estilo de su existencia entre nosotros. Fueron necesarios treinta años de vida en el escondite de Nazaret para poder escuchar ese día, la voz de Dios, o interpretar el escrito de Isaías en la sinagoga como el comienzo de la predicación pública⁸. Todo esto no es sólo un período preparatorio, sino que es ya la encarnación en curso, a través de una iniciación a una escucha profunda de la vida cotidiana sin la cual no sería posible percibir la presencia de Dios.

Si Jesús pronuncia las parábolas reconociendo la obra del Reino en el terreno de la historia y de las cosas más simples es porque no se ha sustraído a este largo aprendizaje que no necesita hechos extraordinarios, sino oídos y corazón dispuestos y profundos, llenos de pasión por una vida que es y seguirá siendo siempre la buena creación de Dios junto con las fatigas y dramas que también trae consigo.

La revelación de Dios se realiza así a través de la escucha con la que Jesús camina en el mundo: se puede decir que el reconocimiento creyente de su ser Hijo pasa de la conciencia de que nadie ha escuchado nunca como él, hasta el fondo y hasta el final. Cada uno de sus encuentros a lo largo del camino nunca es superficial, ¡al contrario! Es del enfrentamiento con la mujer samaritana, con la mujer cananea, más que con Zaqueo o Nicodemo, que Jesús saca palabras y gestos para dar sustancia al anuncio del Reino. El tacto de las cosas, los colores y los acontecimientos se convierte así en el terreno que se puede desbrozar para encontrar con sorpresa el tesoro escondido, incluso donde todos los demás verían sólo piedras, espinas, caminos áridos⁹.

Es una escucha, la de Jesús, que no se interrumpe ni siquiera durante el drama del rechazo y de la muerte: en ese momento hay invocación, búsqueda, lágrimas, amor incondicional, restitución de todo lo que la vida ha sabido dar con sobreabundancia. El Resucitado mismo no se manifiesta desde lo alto de un púlpito, o como un "sabelotodo": "¡Ahora que he vencido, les diré qué hacer y cómo vencer!". Nada de esto: sigue acercándose con discreción¹⁰, cocinando panes y pescados¹¹, cuidando un jardín¹² y doblando sábanas¹³. La escena de la resurrección no tiene nunca el tono de una invasión, ni de un giro, sino que una vez más es un acontecimiento de escucha recíproca, del que ciertamente surge una nueva esperanza¹⁴.

No es un detalle que la Iglesia naciente recuerde la Pascua de esta manera y no de otra. En obediencia a su Señor que al resucitar no sólo no supera la postura prepascual

⁷ cf Lc 3, 22

⁸ cf Lc 4, 16-21

⁹ cf Mc 4, 1-9

¹⁰ cf Lc 24, 13-35

¹¹ cf Jn 21, 9-14.

¹² cf Jn 20, 15

¹³ cf Jn 20, 6-7.

¹⁴ Una sugerente meditación teológico-artística sobre el estilo del Resucitado, se encuentra en G.C. Pagazzi, *Il garbo del Vincitore*, Paoline 2018.

de escucha como si fuera puramente preparatoria, sino que la toma como estilo mismo de su presencia definitiva como Resucitado, la comunidad cristiana sabe que el verdadero sentido de la misión reside en la capacidad de no invadir el escenario, de no ser dispensadora de certezas graníticas, sino de concebirse a sí misma como un espacio abierto de proximidad y acompañamiento para todos. Así es la revelación de Dios en Jesús; por eso, y no de otro modo, debe repensarse el estilo eclesial.

Una Iglesia en escucha sinodal

Para que la escucha inspire desde el principio la misión eclesial, son necesarias al menos tres importantes atenciones, que pueden convertirse en otras tantas canteras sobre las que trabajar comunitariamente.

En primer lugar, la Iglesia en su conjunto debe saber recuperar la mirada de los "signos de los tiempos", poniendo como prioridad el compromiso de retomar y reformular la experiencia de fe de los jóvenes. Sería demasiado superficial creer que las nuevas generaciones están simplemente alejadas del cristianismo. "Escuchar", en este caso, significa reconocer que la mayoría de los jóvenes tienen otro lenguaje y otra forma de hacer propia la fe cristiana y de vivirla. Confundir la decadencia de cierta forma cristiana con el fin del cristianismo sería una visión miope; dejarse interpelar y cambiar por cómo la realidad juvenil se encamina hacia nuevos horizontes de sentido y de investigación religiosa es la mirada inspirada por el Espíritu, que no se defiende, sino que sabe captar nuevas experiencias del Evangelio hasta hoy inéditas¹⁵.

En segundo lugar, esta necesidad implica que la comunidad cristiana vuelva a ser un espacio humano hospitalario, presente allí donde todos viven, para que se vislumbre que no estamos solos en la experiencia de fe sino que somos sostenidos, guiados y animados por muchos que comparten el mismo camino. Para ello, es necesario que las estructuras den prioridad a las personas, los lugares de encuentro y de investigación, que el correr detrás de multitudes y grandes acontecimientos sea sustituida por un acompañamiento más personal y discreto. Sólo un estilo sinodal podrá resistir este desafío, generando confrontación, debate, diálogo, corresponsabilidad de los laicos, experiencias que una estructura demasiado verticalista y distante seguiría imposibilitando. Este modo de ser se convertiría en un campo de entrenamiento para la fe y para una relación verdaderamente profética, que haría de la Iglesia no una madre protectora incapaz de dar a luz, sino un útero generador de vida adulta y consciente de la fe.

En tercer lugar, la crisis actual, debido a la pandemia y más allá, nos vuelve a todos mucho más sensibles al tema de la pobreza y la sobriedad. Debemos redescubrir con fuerza los ojos del Concilio para reconocer que la comunidad cristiana no tiene nada que perder en ser concretamente más pobre en medios y estructuras, más profética y menos presencialista, más valiente en la superación de las formas manipuladoras del poder, en favor de todo ese estilo de escucha que lo hace más creíble y transparente. Su fragilidad más visible y saludable, incluso estructural, puede finalmente expresar la conciencia de que, al fin y al cabo, poco hace falta, en cuanto se comprende que la

¹⁵ En este sentido se hacen imprescindibles dos referencias bibliográficas: Castegnaro – Dal Piaz – Biemmi, *Fuori dal recinto. Giovani, fede, Chiesa: uno sguardo diverso*, Ancora 2013 y A. Castegnaro, *Giovani in cerca di senso. Vita spirituale delle nuove generazioni*, Qiqajon 2018.

Iglesia no debe inventar la realidad o los lugares de evangelización, sino vivir en ellos junto con todos , con profecía evangélica¹⁶ .

Su testimonio para las nuevas generaciones pasa en buena parte por aquí, mostrando que incluso para ella la crisis actual no puede ser motivo atrincheramiento o de miedo sino un paso, un renacimiento, un movimiento de purificación y de reforma, lugar de escucha en el que el Espíritu Santo está realizando algo nuevo

¹⁶ Si la parroquia y el oratorio siguen siendo lugares significativos para el acompañamiento de la fe "entre las casas", es igualmente cierto que la realidad de los jóvenes, en su movilidad cada vez más acentuada, está mucho más presente en los ambientes comunes de la vida: la escuela, universidad, deporte, trabajo, entretenimiento, ciudad, tiempo libre. Volver a poner la escucha en el centro significaría, al menos, reevaluar seriamente la "pastoral del medio ambiente", ciertamente no en la línea de la presencia, sino viviendo los ambientes de la vida desde dentro con discreción y profecía evangélica. Más que recrear una vida ficticia en nuestros recintos, la lógica de la "Iglesia en salida" nos pide quedarnos en la existencia de todo lo que no se puede inventar, porque ya está mucho antes y de forma más amplia que el mismo espacio eclesial.